

EL MISTERIO DEL EXTRAÑO SILENCIO DE DIOS

Te anhelo, oh, Dios. El ruido a mi alrededor me distrae de ese silbo apacible y delicado que suena en mi interior. Tú me hablas, y deseo escuchar tu voz. Ayúdame a guardar silencio hasta el punto en que te escuche. Que el ruido de mi generación y de la cultura que me rodea se amortigüe, de tal modo que te escuche hablarme con esa voz apacible y delicada, pero tan poderosa. En el nombre de Jesús, amén.

Una de las preguntas más problemáticas a las que se han enfrentado los cristianos a lo largo de los siglos se centra en el extraño silencio de Dios: *¿Por qué no habla Dios cuando queremos que lo haga?* Esto no solo es algo que nos confunde hoy día, sino que esta pregunta también acosó a los grandes hombres de Dios. Incluso David, un hombre conforme al corazón de Dios, se sintió perplejo por el silencio del Señor.

“A ti clamaré, oh Jehová. Roca mía, no te desentendas de mí, para que no sea yo, dejándome tú, semejante a los que descienden al sepulcro” (Sal. 28:1).

Sin embargo, Dios no siempre ha guardado silencio, e incluso habla hoy para quienes tienen oídos con los que oírle. Quizá ese sea el problema. La inmensa mayoría de personas hoy carece de los oídos necesarios para captar la voz suave y apacible de Dios. Fue Elías, el gran profeta de Jehová, quien vio más allá del silencio de Dios:

Él le dijo: Sal fuera, y ponte en el monte delante de Jehová. Y he aquí Jehová que pasaba, y un grande y poderoso viento que rompía los montes, y quebraba las peñas delante de Jehová; pero Jehová no estaba en el viento. Y tras el viento un terremoto; pero Jehová no estaba en el terremoto. Y tras el terremoto un fuego; pero Jehová no estaba en el fuego. Y tras el fuego un silbo apacible y delicado (1 R. 19:11-12).

Cuando leemos las Escrituras, vemos que Dios habla, se revela y se manifiesta a personas. El secreto estaba en que ellas perseveraban hasta que escuchaban su voz. En el Antiguo Testamento, Dios hizo obras poderosas a la vista de los hombres. Lee-mos cómo sacó milagrosamente a Israel de Egipto; vemos cómo les sustentó en el desierto y les protegió mientras les conducía a la Tierra Prometida.

Escuchar a Dios en el Antiguo Testamento

A lo largo de todo el Antiguo Testamento encontramos ejemplos maravillosos de Dios en los que interviene en las vidas de personas, sobre todo de su pueblo, Israel, haciéndose real ante sus corazones y, a menudo, interfiriendo en la naturaleza y en la vida. No podría enumerar todos los ejemplos, pero veamos solamente unos cuantos.

El enfrentamiento de Elias con los profetas de Baal en lo alto del monte Carmelo es un ejemplo de la manifestación de Jehová. Elias retó a esos profetas a demostrar la realidad de su dios, Baal. Quería demostrarles que toda su jactancia no era nada sin una demostración de poder.

En un momento dado, Elias se burló de los profetas: “Y aconteció al mediodía, que Elias se burlaba de ellos, diciendo: Gritad en alta voz, porque dios es; quizá está meditando, o tiene algún

trabajo, o va de camino; tal vez duerme, y hay que despertarle” (1 R. 18:27).

O Elías era un necio o estaba seguro de su Dios. El resto del relato demuestra que lo cierto era lo segundo. Elías sabía que Dios demostraría su poder y su autoridad para derrotar a todos los adoradores de Baal. El terrible silencio de Baal pronto se vería interrumpido por la voz poderosa de Dios. Cuando Dios rompe su silencio, toda la creación calla ante su presencia.

En este y en muchos otros relatos del Antiguo Testamento, nos impresiona la latente cercanía de Dios. Es lo que descubrió Jacob al despertar de su sueño: “Y despertó Jacob de su sueño, y dijo: Ciertamente Jehová está en este lugar, y yo no lo sabía” (Gn. 28:16).

A lo largo de todo el Antiguo Testamento vemos cómo Dios participó activamente en las vidas de su pueblo. Desde la liberación de Israel de manos egipcias hasta los milagros en el desierto, llegando hasta la conquista de Canaán, todo esto son escenas en las que Dios interactuó personalmente con su pueblo. Ninguna de esas experiencias tuvo ningún tipo de explicación lógica.

¿Cómo explicar la apertura del Mar Rojo?

Algunos han intentado exponer alguna idea peregrina sobre cómo pudo suceder, pero en realidad fue un acto de Dios. Fue Dios que se manifestaba a su pueblo de un modo que les hizo sentir temor reverente. La presencia manifiesta de Dios que se cernía sobre el tabernáculo a lo largo de los años de desierto fue también una indicación de “Dios en medio de ellos”.

Luego leemos sobre los jueces y los reyes de Israel. Una y otra vez, vemos a Dios que toma a un hombre, como al joven pastor David, y se manifiesta por medio de él. Elías y Eliseo fueron ejemplos de ello. Explícame sus milagros, por favor. Dime cómo sucedieron tales cosas. ¿Cómo las hicieron?

Sencillamente, fue Dios quien se mostró a ellos, y por medio de ellos, tomando parte activa en sus vidas.

El Antiguo Testamento también nos enseña que el pueblo de Dios estuvo bajo la nube de su protección; nadie podía tocarlos sin antes vérselas con Jehová.

La historia de Job ilustra este principio. En torno a Job había un “cerco” que le protegía a él y a su hogar. Incluso Satanás admitió este hecho, y no pudo acercarse a Job sin el permiso de Dios.

Respondiendo Satanás a Jehová, dijo: ¿Acaso teme Job a Dios de balde? ¿No le has cercado alrededor a él y a su casa y a todo lo que tiene? Al trabajo de sus manos has dado bendición; por tanto, sus bienes han aumentado sobre la tierra (Job 1:9-10).

Para aquellos santos del Antiguo Testamento, Jehová era una realidad en sus vidas, dado que les manifestaba su presencia de una variedad impresionante de maneras. Daban por hecho que Dios se revelaría en el momento adecuado.

Escuchar a Dios en el Nuevo Testamento

El Nuevo Testamento muestra a Dios actuando con un celo aún mayor, cerca del ser humano y de la naturaleza. Esta porción de las Escrituras empieza con la concepción y el nacimiento de Jesucristo, el Salvador. El Espíritu Santo cubrió a la virgen María, poniendo en su cuerpo la simiente del Verbo de vida. El milagro del nacimiento virginal inicia una nueva etapa de la obra redentora de Dios entre los hombres.

Si repasas la vida y la obra de Jesús, verás un aluvión de milagros que proceden de sus manos. Cada uno de esos milagros fue una demostración concreta de “Dios entre nosotros”. El hombre no puede explicar estas obras divinas. No explicamos lo que creemos; creemos lo que no se puede explicar en términos humanos.

Entonces nos acercamos reverentemente a la cruz en la que murió Jesús. Aquel día el cielo estuvo muy cerca de la Tierra. En determinado momento, las tinieblas invadieron la región, de modo que ningún hombre pudo ver lo que hizo Dios en realidad. Fue un milagro, algo más allá del ámbito de la posibilidad humana. Tras la muerte de Jesús vino la resurrección, el milagro de todos los milagros.

En el libro de Apocalipsis hallamos la declaración de este Cristo resucitado: “[Yo soy] el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén” (Ap. 1:18).

Algunos han intentado explicar la resurrección en términos humanos. Algunos han intentado razonarla. Pero ahí está, como un punto de la historia que desafía la explicación humana, un monumento a la gracia de Dios, su poder y su propósito redentor para la humanidad.

Tras la resurrección de Jesucristo, Dios se reveló por medio de su Iglesia a un hombre necesitado. Dios no había renunciado al hombre, y seguía interviniendo en la vida de su pueblo. En Hechos 10:1-4, leemos:

Había en Cesarea un hombre llamado Cornelio, centurión de la compañía llamada la Italiana, piadoso y temeroso de Dios con toda su casa, y que hacía muchas limosnas al pueblo, y oraba a Dios siempre. Este vio claramente en una visión, como a la hora novena del día, que un ángel de Dios entraba donde él estaba, y le decía: Cornelio. Él, mirándole fijamente, y atemorizado, dijo: ¿Qué es, Señor? Y le dijo: Tus oraciones y tus limosnas han subido para memoria delante de Dios.

Cornelio tuvo una visión y vio a un ángel de Dios. Aquí tenemos a Dios revelándose a un hombre que buscaba la verdad.

Vemos manifestaciones parecidas a todo lo largo del libro de Hechos.

En aquella iglesia primitiva, Dios estaba maravillosamente cercano a quienes le buscaban.

A medida que seguimos leyendo, descubrimos la vida del apóstol Pablo. Aquí tenemos a un hombre que vivía cada día en la presencia de Dios. Cuanto más grave era el problema que tenía Pablo, más se manifestaba Cristo. En ocasiones, Jesús acudió en persona y estuvo junto a Pablo durante la noche, dándole la seguridad de la presencia divina. El resto del Nuevo Testamento (las epístolas y el libro de Apocalipsis) demuestran constantemente la intervención de Dios en las vidas de su pueblo. Parece que, cuanto mayores eran las dificultades que padecía un cristiano o una iglesia, más se le manifestaba Dios. El lema de la iglesia primitiva fue “Dios entre nosotros”.

Escuchar a Dios en la historia de la Iglesia

A lo largo de la historia de la Iglesia, vemos incontables ejemplos de un Dios que trabaja entre aquellos a los que ama: Agustín, Savonarola, el pastor Blumhardt, George Mueller, J. Hudson Taylor, D. L. Moody, A. B. Simpson... la lista sigue y sigue. Dios se manifestó por medio de esos hombres de forma milagrosa. Al contemplar sus vidas, entendemos fácilmente que para ellos Dios nunca estuvo callado. Por medio de ellos habló, se movió y alcanzó sus propósitos.

Entonces llegamos a los grandes avivamientos, como el de Gales, el movimiento de Dios en Corea, el Gran Despertar y el avivamiento en las Nuevas Hébridas, por mencionar solo unos pocos. Lee acerca de ellos y entenderás rápidamente que, sin duda. Dios no estuvo callado durante aquellos momentos de renovación. John y Charles Wesley conmocionaron al mundo con el avivamiento que Dios obró por medio de ellos. Esos avivamientos

fueron épocas en las que Dios habló alto y claro a su Iglesia y por medio de ella.

En nuestro propio país fuimos testigos de un gran movimiento de Dios por medio de Charles Finney. Este presbiteriano austero fue usado poderosamente por Dios. Siempre que Finney sentía que la presencia de Dios se debilitaba, dejaba todo lo que estuviera haciendo, se iba al bosque y se postraba sobre su rostro delante de Dios hasta que el fuego se reavivaba en su propio corazón. Dios habló alto y claro por medio de Charles F. Finney.

A. B. Simpson vivió un milagro casi todos los días de su vida. Dios habló alto y claro por medio de este evangelista nacido en Canadá, y consiguientemente la obra misionera que comenzó se convirtió en uno de los grandes movimientos misioneros de la historia moderna.

Me entristece admitir que la mayoría de personas, incluyendo a los cristianos, desconocen por completo esta experiencia. Pueden leer los sucesos que acabo de mencionar y aun así no comprender que en ellos se habla de hombres y de mujeres por medio de los cuales Dios habló y no guardó silencio.

Los cuatro ámbitos de la actividad divina

Un análisis de las interacciones entre Dios y su pueblo revela cuatro ámbitos de la historia en los que Él ha actuado.

Primeramente, Dios se ha movido en el corazón humano para salvación. Esta es la gran bendición de Dios: dirigir palabras de redención y de perdón al corazón humano, y ver que esa persona se transforma por el poder de la Palabra de Dios.

Dios también ha obrado maravillosamente para fortalecer y para sanar. Los testimonios de esto son demasiado numerosos y evidentes como para ignorarlos. Por supuesto, no puedo negar que en esta área ha habido falsas afirmaciones de sanidad y charlatanes religiosos, pero tales casos no niegan el hecho de

que Dios dirige palabras de sanación maravillosa a los cuerpos de los integrantes de su pueblo.

Dios también habla en medio de las dificultades humanas, ofreciendo palabras de ánimo y de guía. Vivimos en un mundo diametralmente opuesto al camino del cristiano. Dios habla por medio de la Palabra, y la lucha del hombre adopta una nueva dimensión. Vemos una Palabra de Dios que fluye por una vida y toca el camino que sigue el cristiano junto al Señor.

La forma más dramática en que habla Dios se centra en el esfuerzo para salvar el alma. Lo que le interesa a Cristo es ver a hombres y mujeres que se acercan a Él para reconocerle como su Señor y Salvador. Las palabras que hoy día Dios dirige a la Iglesia son palabras de redención; nos transmite su pasión por llevar a hombres y mujeres al punto en que se arrepientan de su pecado y acepten a Jesucristo como su Señor y Salvador.

Sí, Dios habla en nuestro mundo moderno. La mayoría no lo oye, pero quienes perciben ese silbo apacible y delicado de Dios quedan cautivados por la dinámica de esa voz en sus vidas. La voz de Dios llega a todas las facetas de la vida y aporta bendición, ánimo y fortaleza en los momentos de adversidad.

Lamentablemente, incluso muchos cristianos no conocen a Dios en esta área. Su voz guarda un silencio evidente para ellos. Son demasiados los que han sido formados para que no esperen que Dios les responda. La oración se ha convertido en un mero ritual, vacío de todo tipo de expectativa; es algo que hacen porque alguien les ha dicho que deben hacerlo. Están ajenos a esa maravillosa faceta de la oración: la expectativa. Orar sin expectativas supone malentender el propio concepto de la oración y de la relación con Dios: si oro dando por hecho que el Señor *calla*, mis oraciones no tienen ningún valor.

La pregunta que planteo es esta: *¿Disfrutamos las promesas de la Palabra de Dios en esta área?* Pensemos concretamente en estas promesas:

Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas (Mt. 6:33).

Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho (Jn. 15:7).

He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo (Ap. 3:20).

Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra (Hch. 1:8).

Si alguno viere a su hermano cometer pecado que no sea de muerte, pedirá, y Dios le dará vida; esto es para los que cometen pecado que no sea de muerte. Hay pecado de muerte, por el cual yo no digo que se pida (1 Jn. 5:16).

La voz de Dios se encarna en sus promesas. Tales promesas no son como las que podría hacer una persona, porque cada una descansa en el poder de Aquel que la hace.

Me resulta sorprendente que los hombres puedan gobernar una iglesia sin todas estas promesas y aparentemente no darse cuenta de lo que se están perdiendo. ¿Cómo puede ser esto? Tenemos ante la vista la enseñanza clara de la Palabra de Dios. Dios habla, no guarda silencio. El misterio que rodea el silencio de Dios es el misterio de la incredulidad. Necesito saber lo que dice Dios y que realmente es Él quien lo dice. Entonces debo creerlo, tanto si lo entiendo como si no. Nunca puedo someter el consejo del Señor al juicio de mi entendimiento.

El mundo incrédulo nos observa para ver cómo respondemos a la voz de Dios. Si realmente creemos lo que decimos creer,

esto afectará dramática y dinámicamente nuestra conducta. Si nuestro comportamiento no está en consonancia con nuestra creencia, somos hipócritas, no verdaderos cristianos.

¿Qué nos impide escuchar a Dios?

Retomemos ahora nuestra pregunta inicial: *¿Qué hace que Dios guarde silencio?* La Escritura identifica cuatro cosas que pueden impedirnos escuchar la voz de Dios:

No me trajiste a mí los animales de tus holocaustos, ni a mí me honraste con tus sacrificios; no te hice servir con ofrenda, ni te hice fatigar con incienso (Is. 43:23).

Y no me invocaste a mí, oh Jacob, sino que de mí te cansaste, oh Israel (Is. 43:22).

Y no hizo allí muchos milagros, a causa de la incredulidad de ellos (Mt. 13:58).

He aquí que no se ha acortado la mano de Jehová para salvar, ni se ha agravado su oído para oír; pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, **y** vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír (Is. 59:1-2).

Nuestro pecado, nuestra incredulidad **y** nuestro descuido de la oración y de la adoración pueden impedirnos escuchar la voz de Dios. Pero volvamos a la pregunta: *¿Dios guarda silencio?* La respuesta es muy clara: no. Lo establecido en el Nuevo Testamento nunca se ha derogado; quien afirme que no es así debe demostrar su tesis, y eso es imposible. Dios sigue hablando por medio de su Palabra a su pueblo, como lo ha hecho siempre.

Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo (He. 1:1-2).

En realidad, la pregunta no es: *¿Dios guarda silencio?* La pregunta debe ser: *¿Estoy oyendo la voz de Dios?* Si la respuesta es que no, debo buscar remedio. La Escritura nos ha dicho cuál es la solución. El silencio de Dios no es un misterio; el único misterio es por qué los humanos seguimos viviendo sin escuchar la voz de Dios.

Reposa, alma mía

Katharina A. D. von Schlegel (n. 1697)

Reposa, alma mía, pues Dios está de tu lado;
la cruz de la tristeza soporta con paciencia;
deja que sea Dios quien otorga y ordena.
En todo cambio verás que Él no ha cambiado.
Reposa, alma mía, pues tu amigo en los cielos
te guía a buen final por doliente sendero.

Reposa, alma mía: tu Dios ha acordado
el guiar tu futuro cual guió tu pasado;
tu paz y confianza que nada ya conmueva;
un día verás luz donde solo hay arcano.
Descansa así, mi alma: viento y olas conocen
la voz que les gobierna para que en paz reposen.

Reposa, alma mía: se acerca ya el momento
en el que eternamente con Jesús estaremos;
habranse ya marchado dudas, dolor y miedo,
Tristeza ya olvidada: gozo de amor perfecto.
Reposa, alma mía: cambio y llanto ya huyeron,
Y a salvo y bendecidos así nos reuniremos.